

A las repetidas ediciones de Tolomeo se añadían inmediatamente los descubrimientos, señalándolos en sus mapas: además se publicaron colecciones de viajes modernos, y entre ellas cuatro á lo ménos en Venecia y Vicencia. La más antigua de todas fué el *Mondo nuovo e paesi novamente trovati da Alberico Vesputio, Fiorentino* (Vicencia, 1507), compilada por Francansano de Montalbodo, y traducida el año siguiente al latín. En 1545 Antonio Manuzio, hermano de Pablo, publicó en Venecia los *Viaggi atti da Venecia alla Tana, in Persia, in India e in Constantinopoli*. Simon Grynæus, profesor en Basilea (1), reunió diez y siete viajes desde Marco Polo abajo. Pero la colección de Juan Bautista Ramusio, que estaba en correspondencia con muchísimos sabios, viajeros y curiosos, hizo dar al olvido las demás. En 1550 apareció el primer volumen en Venecia, el segundo en 55, y el tercero en 65. Pronto los libros de viajes inspiraron el interés que tenían antes los de caballería.

Después principiaron las relaciones de los misioneros, precedidas de la de Claudio de Abbeville, que había ido á convertir á los Tupinambas en la isla de Maranham. Los misioneros, como es natural en su ministerio, veían á Dios en todas partes; culpan á los sacerdotes ó al diablo de los ritos falsos y feroces, y recogen de boca de los indígenas nuevas palabras, nuevas conmociones, nuevos testimonios de aquella moral que fué esculpida originariamente en todos los corazones.

Pero en la conquista se encuentra lo mismo que en la edad média; dos sociedades diversas y dos juicios opuestos, según que se considere una ú otra. Los misioneros mirando á los Indios como á hermanos que debían convertir y educar, manifiestan una benovolenza que se atrae la burla de los filósofos por el bien exagerado que en ella encuentran; estos proclaman los derechos y la igualdad, mientras los tiranos que quieren despojarlos, llegan á negar que sean hombres como nosotros; aquellos queriendo realizar la promesa divina, se apresuran á reunir al gremio universal á estos miembros por tanto tiempo separados, y los demás se dedican á excluirlos hasta del género humano.

Muchos misioneros de los que escribieron, tienen atractivo, buen sentido, sentimientos humanitarios, aunque sus observaciones de viajeros contrasten con sus preocupaciones de Europeos. En ellos se encuentra con frecuencia aquel elogio de la vida salvaje, que fué después un lugar común de los filósofos enciclopedistas. Du Tertre en la *Historia de las Antillas* dice de los caribes: « Al oír la palabra salvaje » se figuran la mayor parte una clase de » hombres bárbaros, inhumanos, irracionales, » contrahechos, grandes como gigantes, cu- » biertos de pelo como el oso, unos monstruos

(1) *Novus orbis regionum et insularum veteribus incognitarum*, Paris, 1532.

» mas bien que unos hombres racionales; pero » la verdad es que nuestros salvajes lo son solo » en el nombre, como las plantas y frutos que » produce la naturaleza sin cultivo en los » bosques y desierto, y que aunque son llama- » dos salvajes, poseen las verdaderas virtudes y propiedades en toda su fuerza, y que » nosotros solemos corromper con frecuencia » con nuestros artificios, y alterar plantándolas » en nuestros jardines... Me agrada el hacer » ver que los salvajes de las Antillas son los » hombres mas satisfechos, mas felices, ménos » viciosos, mas sociables, ménos contrahechos » y atormentados por las enfermedades que » hay en todas las naciones del mundo. »

Mientras tanto otros sabios compilaban sobre aquellas relaciones narraciones mas generales, Juan de Barros en 1552 refirió las conquistas de los Portugueses en Oriente; Acosta la historia de las Indias; Herrera reunió copiosísimas noticias (1); y Mendoza en 1585 fué el primero después de Marco Polo que dió noticias de la China. De-Bry y Merian principiaron á publicar en Francfort en 1590 una colección de viajes á las dos Indias, continuada hasta el 1634; Hakluyt después del 1598 publicó los viajes de los Ingleses, y Botero, jesuita piamentoso, dió á luz una cosmografía con el título de *Relaciones universales*. El *Theatrum orbis terrarum* de Hortelio (1570), primer atlas general, cita ciento cincuenta tratados de geografía, posteriores al año 1560. El célebre Gerardo Mercator inventó un método de proyección para las cartas hidrográficas, según el cual los paralelos y meridianos se cortan en ángulos rectos.

Benzone, Zárate, y especialmente Acosta, dieron á los viajes un giro científico. Bernardino de Sahagún, con las ideas filosóficas de que aquellos carecían, se hizo superior á muchas preocupaciones por su gran inteligencia y su religioso corazón, y descubrió en aquellos hombres exterminados y subyugados una civilización de otra índole y de otras necesidades que no convenía destruir, sino regularizar (2).

Torquemada, siguiendo las narraciones de Bernardino, y de los Franciscanos Andrés del Olmo y Toribio de Benavente, escribió la historia de la *Monarquía indiana*, en cuya obra se manifiesta demasiado crédulo y supersticioso para distinguir la verdad; pero es muy digno de ser leído porque vivió cincuenta años entre los Indios. Los Jesuitas Maffei de Bergamo y Daniel Bartoli reunieron, el uno en latín y el otro en italiano, los trabajos de sus hermanos, y son apreciados por su elegancia, no por la novedad ni por la crítica. Otros escritores piden noticias á los viajeros: el citado

(1) *Descripcion de las islas y tierra firme del Mar Océano, que llaman Islas Occidentales*. Madrid, 1601.

(2) Hablando de Méjico dice: « Habiendo abolido los Españoles todos los usos y formas de gobierno de los Indios, y queriendo obligarlos á vivir á la española, por respeto á las cosas divinas y terrenas, y mirándoles como bárbaros é idólatras, se destruyó toda su organización social.

Pedro Mártir, Gesner, Belon, Hortelio, Munster y Belleforest señalan los puntos á que debe dirigirse la atención, de modo que hay mas órden en la exploración de los nuevos países.

Así había nacido una literatura nueva, pues eran estos viajes de una naturaleza muy diferente de la de los Griegos, en los cuales se desprecia generalmente todo lo que es extranjero, no se compara, y la crítica es muy comunmente errónea; en cuanto á los Árabes y á los Chinos, miraban todo con ojos siniestros, prevenidos y apasionados. La mayor parte de los narradores del siglo xv tuvieron parte en los descubrimientos; se nos presentan asombrados ante aquel cúmulo de maravillas, enamorados de las bellezas de la naturaleza; demuestran sin escrúpulo su avaricia por el oro; refieren sus rápidas impresiones como realidades, y aunque eran crédulos y algunas veces mendaces, divulgaron una porción de ideas nuevas, debiéndose á ellos que la historia dejase de ser griega ó romana para hacerse universal. Además de satisfacer la curiosidad, dieron origen á elevadas consideraciones sobre la naturaleza y la educación humana, como se vió poco después en Bodin, y posteriormente en Montesquieu.

Muchas veces he extrañado que siendo aquella la edad de oro de la literatura italiana y de la española, estas relaciones tan fantásticas de los viajeros no la impulsasen haciéndola tomar una nueva dirección, y que las pinturas de los bosques de la Arcadia y las aventuras de los héroes no despertasen los ingenios para dar colorido á estas nuevas escenas y poblarlas con estos desconocidos milagros que unían á la fascinación de lo extraordinario el atractivo de la verdad. Pero prevalecieron las antiguas formas, y se conservaron las Amarilis y la sombra de las encinas. De tiempo en tiempo hubo alguno que recogió la gran poesía que se desprende á torrentes de los viajes: Camoens, Gortereal, Ercilla, habiendo viajado y observado, supieron inspirarse con ella; sin embargo, no se atrevieron á abandonar la erudición y á separarse de la escuela, y en medio de bosques vírgenes, adornados como templos con festones de lianas de diversos colores, que proporcionan un fresco asilo al abrigo de los rayos de un sol perpendicular á millares de animales desconocidos y á bandadas de pájaros con cuya belleza no hay piedra preciosa que comparar, recuerdan aun los helados valles del Ebro, y las pálidas violetas, y los suspiros de la tórtola viuda y de la ciega Filomena.

A los que crean que los hechos de los conquistadores son tan poéticos por sí mismos que no pueden dirigir la poesía del arte, la cual tiene por esencia la ficción, les citarémos dos verdaderos poetas de aquella naturaleza y de aquella sociedad, Saint-Pierre y Chateaubriand.

En nuestro siglo ha adquirido principalmente importancia, y ha producido una verdadera instrucción el estudio de los viajes,

dirigido al fin primero de toda ciencia, el conocimiento del hombre. Depusieron las prevenciones ante la manifestación sincera de la verdad, empleándose para hallar y explicar esta una multitud de ciencias variadísimas, una crítica severa sin ser enojosa ni insultante, una humanidad no iracunda, y una benevolencia no aduladora.

Entonces se sometió á examen á los primeros que describieron la América, se pesaron en una balanza mas justa las cuestiones de autoridad en el descubrimiento, y los monumentos que se habían escapado de una destrucción ignorante ó ambiciosa y que se habían transmitido sin ser comprendidos, depusieron verdades inesperadas. Después continuaron otros explorando lo interior del país, cuyo contorno era lo único que conocíamos, y á la vista de una naturaleza tan magnífica y especial, recibieron inspiraciones que comunicaron después á millares de lectores. Werden, Heckelwelder, Schölcrafft y la sociedad de Nueva York nos presentaron con exactitud la América Septentrional, y el profundo Humboldt nos puso de manifiesto los dos grandes imperios de la Meridional, cuyas antigüedades había ya presentado Kingsborough á los ojos de todo el mundo. En nuestros días, Salt nos ha introducido en la Abisinia, Caillaud nos ha llevado á Tumbuctú por un camino señalado por la muerte de tantos hombres ilustres, y Okley, Cunningam y Hurt nos han ofrecido en la Nueva Holanda espectáculos nunca vistos.

Dejando aparte aquellos infelices que creyeron necesaria la prosa poética en la narración de los viajes, en lo general el elemento gramatical fué mirado como una cosa de segundo orden, como un medio de conseguir observaciones positivas, de las cuales se tuvo gran abundancia, hechas sobre la naturaleza y las costumbres de los habitantes, aumentando la verdad de las descripciones con términos propios de los países explorados. ¡Cuánta vida no sabe comunicar al mundo sensible Jorge Forster! Puede decirse que es el primer viajero científico de nuestros días, pues en sus viajes coloca los vegetales según las latitudes, y traduce la individualidad de los diversos reinos de la naturaleza.

La popularidad que dió la litografía á los dibujos, multiplicó las imágenes de aquellos hombres, de aquellas escenas, y de las antigüedades de los nuevos países; en estos dibujos no estaba sacrificada la verdad á la ideal pureza académica, sino que se conservaban los tipos, las fisonomías, los caracteres de lugar y de tiempo, la tosquedad y singularidad de los monumentos, mientras que poco antes debía uniformarse todo á las pretensiones de un siglo escrupuloso que llamaba bárbaro á todo lo que no era él.

Con tales intenciones y tales auxilios, han podido colocarse los grandiosos cuadros de la ciencia, y en vez de sacar de los viajes los

epigramas de Montesquieu, las ditirámicas invectivas de Rainal, y las blasfemias de Volney, podemos ver progresar á la historia natural en manos de Neuwied, Saint-Hilaire, Cuvier y Bompland; á las ciencias sociales y antropológicas enriquecerse con los trabajos de Peron, Freycinet, Lesson, Duperrey y Krusenstern; la lingüística y la etnografía con el genio de Humboldt que en medio de su extraordinaria ciencia sabe también ser poeta.

Sin embargo, la falta de poesía será siempre el defecto de los viajeros modernos, comparados con los antiguos. Estos se manifiestan apasionados por el oro y la religión, mientras que los modernos pacientes, eruditos, calculadores, no conocen mas Dios que la gloria y la ciencia; aquellos observan los hechos aislados y tales como se presentan, estos buscan su significación, su expresión; aquellos admiran los fenómenos en conjunto, los nuestros penetran en sus particularidades, anatomizan, descomponen; los primeros dejan escapar sus palabras del fondo del corazón ante el espectáculo de una naturaleza y una sociedad nuevas; en ellos todo es maravilloso y poético, sin que la crítica venga nunca á interrumpir su admiración; los nuestros llevan el péndulo, el barómetro, el compas, cuentan los habitantes, examinan las producciones, pesan las autoridades, quieren explicar todos los hechos, y pasan de uno á otro hasta unirlos todos á la historia general del hombre y de la humanidad.

Los antiguos, pues, son muy propios para la niñez y para aquellos que fueron llamados eternos niños, que se conmueven con las aventuras de Robinson y de Gulliver; los nuestros son el manjar de la edad madura, el arsenal de la ciencia, el fundamento de la historia y de la filosofía. Quizá no ha nacido uno que sepa ser uno y otro, agradar é instruir, unir los derechos de la razón y la imaginación. Esta será la epopeya de los siglos venideros.

CAPÍTULO VI

Esclavitud india. — Las Casas. — Tráfico de Negros.

Los nuevos descubrimientos no daban idea á la Europa mas que de la riqueza metálica; todos creyeron hallar en abundancia en el Nuevo Mundo el oro y las piedras con que Marco Polo, los viajeros, y las *Novelas árabes* habian despertado la avaricia en los alcázares de los príncipes orientales: los pocos ensayos que se habian hecho estaban exagerados por la imaginación ó calculados con una esperanza insaciable; el mismo gobierno pedía oro para pagar los gastos de la expedición ó para llenar sus propias arcas. En vano repetía Colon que era preciso tener paciencia, presentando como ejemplo á Portugal que habia tenido que esperar bastante tiempo para sacar provecho de la

Guinea: se quería el fruto antes de que madurase, y para cogerle se cortaba la planta.

Habia sido enviado de gobernador á aquella isla Española que habia parecido á Colon un paraíso Nicolas Ovando, hombre prudente; pero poco á propósito para aquel país, el cual restringió mucho los derechos de la corona sobre aquella isla, pero dejó emplear el rigor para obligar á los naturales al trabajo que les repugnaba. La gente que habia emigrado allí, cuando veía que era necesario trabajar, se desanimaba, y despues de consumir sus provisiones antes de haberse procurado otras nuevas, maldecían, no su credulidad, sino los engaños de los demas.

Colon, para aquietar á los revoltosos, se habia visto obligado á disponer que los caciques, en vez del tributo, le entregasen un cierto número de indigenas. Bobadilla empeoró mucho la condicion de estos infelices, de modo que principiaron las quejas que llegaban á España, especialmente por medio de los misioneros que se precipitaban en busca de las almas adonde los demas buscaban el oro. Llegaron estos lamentos á oídos de Isabel, y declaró que los Indios eran naturalmente libres, y que por tanto no se podía, sin razon, reducirlos á la servidumbre. Ovando se apresuró á replicar que esta precipitada declaración haría imposible la civilización de la isla, y la reina, colocada así entre los dulces mandatos de la religión y los inhumanos presentimientos de la política, se limitó á recomendar la moderación, y á mandar que si fuese necesario obligarles á trabajar, se templase la autoridad con la dulzura.

Es costumbre de los ejecutores de una orden apropiarse lo mandado y olvidar las restricciones, y Ovando se aprovechó de la disposición de Isabel para señalar á cada Español un cierto número de Indios (que así se llamaban y aun son llamados los naturales), fijando primero seis y despues ocho meses de trabajo al año para bien de sus cuerpos y de sus almas, porque se les retribuía con un pequenísimos estipendio, y se les instruía en la religión (1).

Pero acaso ¿tiene corazón la avaricia? Los Españoles se habian acostumbrado al islamismo combatiéndole, y llevaron á América sus persecuciones y exterminio. Hacían sufrir á aquellos desgraciados todos los padecimientos que puede imaginar el hombre, ya en la explotación de las minas, ya en el cultivo del azúcar, que trasplantado poco despues del descubrimiento se multiplicó con portentosa fertilidad. Los Indios, acostumbrados á la inercia, se destruían á sí mismos sin conseguir ni aun los cuidados y el alimento que se dan á las bestias, de modo

(1) Los indigenas eran entregados á determinados comendadores con una cédula que decía así: « Con la presente os son entregados á título de depósito á vos N. N. el señor y los naturales del pueblo de tal, para que os sirváis de ellos y os ayuden en el cultivo de vuestras tierras, conforme á las ordenanzas publicadas ó que se publiquen en lo sucesivo, á condicion de que los habéis de enseñar los artículos de nuestra santa fe católica, sin omitir cuidado alguno para conseguirlo. »

que envidiaban los huesos que caían de la mesa de su señor. Si huían, eran cazados con perros y sometidos á un trabajo mas penoso. Al volver de los campos ó de las minas á la casa que distaban cincuenta ó sesenta leguas, morían exclamando: *Tengo hambre*. Muchos se sustraían á estos padecimientos dándose la muerte; las madres ahogaban á sus hijos de pecho. Un oficial del rey recibió trescientos Indios, y en poco meses los redujo á treinta; le dieron otros trescientos y los extinguió del mismo modo, y así continuó hasta que, dice Las Casas, se le llevó el demonio.

Un tal Alonso Sánchez encontró una multitud de mujeres cargadas de víveres que le ofrecieron; él los aceptó y mató á las mujeres. Un Español, no teniendo que dar de comer á sus perros en la caza, cogió el hijo de una esclava y se le echó á pedazos. Cuando caían entre los montes, y los Españoles les rompían los dientes con el pomo de la espada, exclamaban los Indios: *Matadme aquí, aquí quiero morir*. Un fraile sacó á un niño del fuego en que le habian arrojado, y un Español que se acercó le volvió á echar á la hoguera; pero al día siguiente murió este inhumano. Y yo, dice Las Casas, era de parecer que no se le debía enterrar. Otra vez se acercaba un convoy militar á una ciudad con bagajes conducidos por Indios de ambos sexos, segun se acostumbraba; al atravesar un pantano se cae el puñal á un Español, y despues de haberle buscado por algun tiempo en vano, arranca á un niño del pecho de una mujer, y le sumerge en el cieno para que al día siguiente le indique el sitio adonde debe volver á buscar su puñal (1).

La hospitalidad que tan generosamente ejercían los habitantes de la isla Española, y que fué demostrada especialmente por Anacaona, esposa del cacique Caonabo, heroína de aquel pueblo y constante amiga de los blancos, no hizo desaparecer los temores de Ovando, el cual teniéndola por una ficción, como si no creyese posible que se pudiera amar á quien tanto les hacía padecer, aprisionó y dió tormento á los jefes; hizo quemar á cuarenta de ellos, exterminó la plebe, é hizo ahorcar á Anacaona en presencia de aquellos mismos blancos á quienes tantas veces habia salvado.

Entonces se declaró la guerra ó mas bien la matanza; todo se llevó á hierro y fuego, obrando con una barbarie que de seguro no hubieran tenido con ellos los tan temidos canibales. Entonces principiaron á emplearse lentos fuegos y lentas sofocaciones, mutilaciones prolongadas, tormentos en las partes mas sensibles, y mas de una vez se pusieron trece desgraciados sobre las parrillas en honor de los doce Apóstoles y de Cristo. Catobanama, último cacique de la isla, desplegó todo el valor de la desesperación,

(1) Esto fué en Méjico. Zurita, p. 286, en la Colección de TERNAUX. Véase *Crueldades horribles de los conquistadores de Méjico*, etc. Memoria de Don Fernando de Alba Ixtlilxochitl.

cion, y habiendo sido cogido, fué ahorcado como un vil malhechor. Porque los Españoles no miraban á los Americanos como gente que en uso de sus derechos defendían la propia libertad, sino como esclavos rebelados contra sus señores (1). Así se llevó á cabo la conquista de la isla, y aquel territorio que tenia un millon de indigenas, doce años despues del descubrimiento estaba despoblado. Entonces Ovando invitó á pasar á la isla á muchos naturales de las Lucayas, prometiéndoles posesiones, y habiendo ellos acudido, redujo sesenta mil á la esclavitud.

Para no tener que avergonzarnos de ser Europeos, debemos apresurarnos á decir que muchísimos se opusieron á estas crueldades y principalmente los misioneros. Los Dominicanos, que fueron los primeros que acudieron á predicar la religión á los vencidos y la mansedumbre á los vencedores, declararon que los repartimientos eran contrarios al Cristianismo y al fin que con ellos se proponían, y fueron intrépidos defensores de la libertad natural de los Indios, en contra de ávidos ministros, de una corte despótica, y lo que es mas, en contra de las imperiosas necesidades de la naciente industria de las colonias. En 1511, Montesino en la catedral de Santo Domingo condenaba estos abusos con impetuosa elocuencia, y como en el diccionario de los tiranos poner de manifiesto las culpas es un acto de rebelion, fué acusado ante Fernando. El intrépido fraile atrevesó los mares, y defendió con energía, no su persona, sino á los Indios, y los suyos continuaron negando la absolucion al que tenia esclavos.

Los Franciscanos, por una baja envidia, se mostraban mas condescendientes, para hacerse los indispensables; pero llegando á saberse en Roma su conducta, el papa declaró que *no solo la religión sino también la naturaleza se opone á la esclavitud* (2), y empleó razones y tratados para hacerlo comprender así á la corte de España. Fernando sometió el exámen de esta cuestion á su consejo privado, en el cual se decidió segun las máximas de los Dominicanos, pero con algunas restricciones; los Indios eran libres en teoría, pero de hecho debían conservarse las reparticiones; y por último el rey declaró, despues de haber examinado bien los títulos de la esclavitud de los Indios, habia visto que estaba autorizada por las leyes divinas y humanas, recomendando solo la humanidad.

Los Dominicanos no desistieron sin embargo de demostrar que era conveniente al interés privado el dejarles libres, y desde las cátedras, en los colegios y ante los monarcas, no se cesa de proclamar que la guerra contra los Indios es

(1) Una de las razones que se alegaban para probar el derecho de posesion de España, era la bula de Alejandro VI que les atribuía estas tierras. Pero es evidente que Alejandro se refería solo á las tierras desiertas; pues ¿quien disputa la posesion de lo que tiene ya un dueño?

(2) « Non modo religionem, sed etiam naturam reclamant servituti. » FABRONI, VII. Leon X, p. 27.